



José Octavio Orsag Molina (comp.)

Bolivia y sus Orientes

TEJIENDO
HISTORIAS

Bolivia más allá de sus 200 años

TEJIENDO HISTORIAS
BOLIVIA: MÁS ALLÁ DE SUS 200 AÑOS

TEJIENDO HISTORIAS

Bolivia: más allá de sus 200 años

Coordinación general

Rossana Barragán / María Luisa Soux

Comité editorial

Rossana Barragán / María Luisa Soux / Evgenia Bridikhina / Ximena Medinacelli (†)
Ana María Lema / Pilar Mendieta / José Antonio Quiroga / Alfredo Ballerstaedt G.

Coordinadoras de series

Evgenia Bridikhina / Ana María Lema / Ximena Medinacelli (†) / Pilar Mendieta

Equipo editorial

Alfredo Ballerstaedt G. (editor general) / Ana María Lema Garrett / Claudia Dorado Sánchez
Kurmi Soto / Iván Armando Barba Sanjinez / Fabrizia Palenque Balboa

Compiladores y editores

Evgenia Bridikhina / Nigel Caspa / Guillermo Guzmán Prudencio / Manuel E. Contreras
Andrea Baudoin Farah / Elizabeth Jiménez Zamora / José Octavio Orsag / María Luisa Soux
Paola Revilla / Luis Claros / Laura Paz Rescala / Julio Ascarrunz / Salvador Romero Wayar
Mario Murillo / Eduardo Paz

Autores

Gavi Alavi, R. Alem, Alejandro Almaraz, James Almeyda, Héctor Angarita, Juan Angola Maconde, Soledad Ardaya, Laura Arraya, Julio Ascarrunz, Ricardo Asebey, Virginia Ayllón, Rossana Barragán, Andrea Barrero, Alejandro Barrientos, Andrea Baudoin, Ruth Bautista, Oscar Bazoberry, Sabin Bieri, Evgenia Bridikhina, Erika Brockmann, Fernando Cajías, Luis Marcelo Campos Vélez, Nigel Caspa, Grover Saúl Céspedes, Luis Claros, Isabelle Combès, Manuel E. Contreras, Lorena Córdoba, Bianca de Marchi, Paula de Souza, Andrés Eichmann, Ana María García, Magalí García, Fernando García Yapur, Edgar Gemio Zabala, Camilo Gil, Mauricio Gil, Jere Gilles, Alice Guimaraes, Anna Guiteras, Guillermo Guzmán Prudencio, Jorge Hevia, John Hillman (†), Lucio Iñiguez, Luciana Jauregui, Elisabeth Jiménez, Herbert S. Klein, Ana María Lema, Roxana Liendo, Víctor Hugo Limpías, Oscar Loayza Cossio, Víctor Hugo Machaca, Carlos Macusaya, Oswaldo Maillard, Lupe Mamani, Roger Mamani, Ivanna Margarucci, Cecilia Martínez, Angus Mc Neilly, Ximena Medinacelli (†), Pilar Mendieta, Cecilia Miranda, Antonio Mitre, Luciana Molina Barragán, Luis Gustavo Molinari, Ben Nobbs-Thiessen, José Octavio Orsag, María René Ortiz, Huáscar Pacheco, Laura Paz Rescala, José Peres-Cajías, Gustavo Pedrazas, Paola Pozo, María Soledad Quiroga, Pablo Quisbert, Alber Quispe Escobar, Paola Revilla, Quya Reyna, Pablo Ríos, Liliana Rocha, Omar Rocha, Gonzalo Rojas Ortuste, Salvador Romero Wayar, Karmen Saavedra, Cecilia Salazar (†), Josefá Salmón, Fernando Schrupp Rivero, Hilda Sinche, Kurmi Soto, María Eugenia Soux, María Luisa Soux, Chuck Sturtevant, Juan Manuel Tapia, Silvia Ten, Vladimir Torrez, Andrea Urcullo, Corinne Valdivia, Marcelo Villena, Adrian Vogl, Stacie Wolny, Edwin Yucra, Solange Zalles, María Teresa Zegada, Moira Zuazo, María Cecilia Zuleta

TEJIENDO HISTORIAS
BOLIVIA: MÁS ALLÁ DE SUS 200 AÑOS

Serie
ECONOMÍA, TRABAJO Y MEDIO AMBIENTE

Volumen 5

Bolivia y sus Orientes

José Octavio Orsag Molina

COMPILADOR

Cecilia Martínez
Paula de Souza Rosa
Isabelle Combès
José Octavio Orsag Molina
Lorena Córdoba
Anna Guiteras Mombiola
Ana María Lema Garrett
J. Alejandro Barrientos Salinas
Ben Nobbs-Thiessen
Chuck Sturtevant
Juan Manuel Tapia

Orsag Molina, José Octavio [comp.]
Bolivia y sus Orientes / José Octavio Orsag Molina [comp.] – La Paz,
2025.

456 p. : 21 cm. – (Tejiendo historias: Bolivia, más allá de sus 200 años /
Economía, trabajo y medio ambiente ; vol. 5)

CDD 984.3

1. Bolivia – Historia del Oriente 2. Bolivia – Historia de la frontera orient-
tal 3. Bolivia I. Orsag Molina, José Octavio [comp.] II. Título.

Edición al cuidado de Ana María Lema Garrett

Ilustración de la tapa: Albert Frisch / Convênio Leibniz-Institut für Län-
derkunde, Leipzig / Acervo Instituto Moreira Salles.

Primera edición: enero de 2026

ISBN: 978-9917-34-173-4

DL: 4-1-7853-2025

© José Octavio Orsag Molina, 2025

© Plural editores / Silex ediciones, 2025

Diagramación e impresión:

Plural editores

c. Jacinto Benavente N° 2255

Teléfono: (591-2) 2411018 / La Paz, Bolivia

e-mail: plural@plural.bo / www.plural.bo

Impreso en Bolivia

Esta publicación cuenta con el apoyo de Silex ediciones, Fundación SOLYDES y Plural editores. Y con el patrocinio del Posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés (CIDES-UMSA) y del Instituto de Estudios Bolivianos (IEB), de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA).

El contenido de esta obra es responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente la posición de los financiadores, auspiciadores, editores ni de las casas editoriales involucradas. Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, sin el permiso escrito de los/as autores/as y editores/as.

Índice

Bolivia desde los Orientes	
<i>José Octavio Orsag Molina</i>	11
La historia regional y lo nacional	13
La historia de los Orientes como la historia de Bolivia...	17
La historia indígena de los Orientes	22
Siglas de archivos y de fondos documentales y acrónimos...	29
Los reglamentos para el gobierno de Chiquitos en los primeros años de la República (1825-1833)	
<i>Cecilia Martínez</i>	33
Chiquitos en la guerra de Independencia y en el inicio de la República	38
El plan de gobierno de 1825	45
El reglamento de 1833	51
A modo de cierre	58
Patrones cruceños y jornaleros indígenas del Oriente boliviano en el río Madera durante el auge de la goma (1860-1880)	
<i>Paula de Souza Rosa</i>	61
Introducción	61
El comercio fluvial y el desplazamiento de la mano de obra nativa	64

Las barracas gomeras: “la mayoría de ellas son bolivianas”	74
Conclusión.....	90
La guerra de Guacaya, o la conquista de los chiriguano	
<i>Isabelle Combès</i>	93
Las guerras chiriguano	94
Alianzas y ganados	100
En vísperas de la gran guerra	108
La Guerra de Guacaya.....	113
El papel de los aliados.....	121
El mundo de después.....	125
Más allá de la goma: Una expedición brasileño-boliviana en 1887 y las narrativas de conquista	
<i>José Octavio Orsag Molina</i>	131
Geografías del capitalismo y reconfiguración de la Amazonía.....	140
La gente de en medio: Las comunidades indígenas y el discurso civilizador.....	156
A manera de conclusión: las narrativas de exploración como relatos de victoria sobre la naturaleza	166
La otra cara del caucho: mujeres y violencia en la historia de la Amazonía	
<i>Lorena Córdoba</i>	171
Introducción: En busca de la mujer cauchera.....	171
Un Estado sin más ley que ‘el 44’.....	174
La violencia en la mirada femenina	183
A modo de conclusión: identidad, objetivación y violencia	192
La invención de una insurrección. Agencia indígena y narrativa oficial en los Llanos de Mojos	
<i>Anna Guiteras Mombiola</i>	199
La cultura reduccional ante el orden liberal	202

La criminalización indígena y el socavamiento de la ascendencia de los <i>indios principales</i>	209
El odio de raza y la guerra contra la civilización	220
Palabras finales.....	229
Más allá del Oriente. El avance cruceño sobre los Orientes, siglos XIX-XX	
<i>Ana María Lema Garrett</i>	235
El giro de las políticas públicas hacia los Orientes en los años 1840	242
Los indígenas de los Orientes a la vuelta del siglo y la nueva ocupación de sus territorios	256
¿Hubo un problema indígena en los Orientes?	264
Retorno al Oriente cruceño	272
Conclusión	277
Anexo bibliográfico	278
Memorias de la Loma Santa: migración, mito y colonización del piedemonte amazónico post 52	
<i>J. Alejandro Barrientos Salinas</i>	285
Introducción	285
Tras las huellas de la Loma Santa.....	289
La Revolución Nacional de 1952 como punto de inflexión en el piedemonte amazónico	293
Profecías, arcángeles y encanto	297
Brujos, maestros y misioneros	304
Carne de vaca, corteza de quina y aviones yanquis.....	311
Las Tres Tetillas y el camino de retorno	318
Reflexiones finales	322
Cuestiones de abandono. Interpelaciones al Estado desde los Andes y la Amazonía, 1952-1968	
<i>Ben Nobbs-Thiessen</i>	325
Imaginando las tierras bajas desde las tierras altas de la Bolivia revolucionaria	333

Problemas de abandono: Cartas desde la frontera colonizadora de Bolivia.....	354
Nuevos y viejos repertorios.....	382
Las raíces coloniales de la Bolivia plurinacional: colonización por asentamiento en la “frontera” Amazónica de Bolivia tras la Revolución Nacional	
<i>Chuck Sturtevant</i>	387
Introducción.....	387
Estudios de colonialismo por asentamiento: raza y América Latina	392
El Alto Beni y la lógica de colonialismo por asentamiento.....	402
Fantasías estadounidenses de ‘la frontera’.....	405
Un proyecto centrado en la tierra del Oriente de Bolivia .	409
Colonizadores por asentadores, ciudadanos y un Estado asentador.....	414
Conclusión	418
Más allá de los Orientes: Música e identidad nacional desde las Tierras Bajas (1960-1985)	
<i>Juan Manuel Tapia</i>	421
Introducción.....	421
El vinilo y el <i>coleccionismo</i> como fuentes de investigación...	425
Sonidos de los Orientes: Música y construcción identitaria nacional y regional en las tierras bajas de Bolivia.....	430
Música de los Orientes, artistas de la región y contenido	432
Música de los pueblos indígenas de tierras bajas: registros y reapropiaciones.....	435
Música de los Orientes e influencia extranjera: El caso de Beni-Brasil y el Carimbó en Bolivia	441
Conclusiones.....	449
Autores/as	453

La otra cara del caucho: mujeres y violencia en la historia de la Amazonía¹

Lorena Córdoba

Introducción: En busca de la mujer cauchera

Entre 1880 y 1920, el auge de la goma elástica transformó de forma profunda el desarrollo regional de los países de la cuenca amazónica.² Aunque el crecimiento de la industria gomera en Bolivia fue más tardío que en el vecino Brasil, esto no impidió que la misma adquiriera un impacto sustancial y a la vez multidimensional en la política y la economía regionales, en la demografía

-
- 1 Queremos agradecer, como siempre, a Diego Villar y Hans Joachim Wirtz por la ayuda en la investigación y por los comentarios brindados a una primera versión de este texto, y a Paula Peña Hasbún, Jean-Claude Roux e Isabelle Combès por la asistencia en la búsqueda de documentación histórica. También a todas las familias riberalteñas y cruceñas que aportaron documentos y nos abrieron las puertas para poder escuchar sus historias: Emilia ‘Mily’ Hecker, María Teresa ‘Tete’ Durán Aponte, Lily Suárez, Judy, Carmen y Martha Lina Schwarm, Marrita y Ruber Carvalho Urey (†), Carina Solares Suárez (†), Diego Trolliet y Mossy Durán.
 - 2 Con fines meramente expositivos, en este trabajo usaremos como sinónimos los términos ‘caucho’ y ‘goma’, aunque sabemos que se refieren a dos especies diferentes con distintas técnicas de recolección. Véase, por ejemplo, Lorena Córdoba, “White Blood, Black Gold: The Commodification of Wild Rubber in the Bolivian Amazon, 1870-1920”, *Environmental History*, 24 (2019), pp. 695-702.

y las relaciones interétnicas, en la sinuosa reconfiguración de las fronteras republicanas o hasta en la propia percepción de la selva tropical en el imaginario nacional e internacional.

A través de la red de ríos amazónicos como el Beni, el Mamoré o el Madre de Dios, la goma comenzó a fluir hacia los mercados internacionales abriendo nuevas posibilidades geopolíticas y comerciales para una región geográfica previamente aislada y hasta ignorada. El proceso de expansión gomera se dio en un contexto de transición desde otra industria extractiva, la quina (o cascarilla), que ya había sentado las bases logísticas, financieras y laborales que facilitarían el posterior auge gomero. La conexión fluvial entre los ríos Beni y Mamoré, descubierta en 1880 por el médico y explorador norteamericano Edwin Heath, fue el auténtico punto de inflexión de este proceso, al simplificar y abaratar las rutas de exportación del producto hacia los puertos brasileños de Belém do Pará y Manaus, conectando finalmente a la selva boliviana con el mercado global.

De este modo, la extracción de goma se convirtió rápidamente en un motor de crecimiento económico y demográfico. En poco tiempo, la Bolivia amazónica experimentó una intensa oleada migratoria: colonos andinos y cruceños, trabajadores europeos calificados, aventureros de todo tipo y mano de obra indígena comenzaron a participar en la pujante dinámica cauchera. Anteriormente relegado a un plano periférico y marginal, el llamado Territorio Nacional de Colonias pasó a ser una pieza clave del tablero republicano y adquirió una nueva relevancia en el comercio nacional y hasta global. Es en este contexto que la cartografía regional comenzó a ser trazada, se fundaron nuevas ciudades y se desarrollaron las infraestructuras de transporte y comunicación.³

Sin embargo, al revisar las abundantes crónicas de la época, es evidente la hiper-masculinización del paisaje extractivo cifrada

3 Anna Guiteras Mombiola y Lorena Córdoba, “‘Sin indios no hay industria del caucho’: los indígenas amazónicos frente a la colonización gomera”, en Lupe Cajías e Iván Velásquez-Castellanos (coords.), *Un amor desenfrenado por la libertad: antología de la historia política de Bolivia (1825-2020)*, vol. I, Konrad Adenauer Stiftung, La Paz, 2021, pp. 471-514.

en la ausencia de voces, testimonios y perspectivas que reflejen la simultánea participación de las mujeres en la industria.⁴ Tanto la propia narrativa histórica como las fotografías de la época presentan en efecto un escenario predominantemente masculino, con el hombre como abanderado de la civilización, el orden y el progreso, luchando en soledad casi absoluta contra los peligros de la naturaleza (clima hostil, fieras, indígenas ‘salvajes’); mientras que las mujeres, cuando aparecen en las fuentes, son anónimas, invisibles o bien quedan relegadas a roles secundarios. De esta forma, las crónicas de exploradores célebres como Nicolás Armentia, José Manuel Pando o Luigi Balzan reproducen una misma imagen canónica del aventurero masculino, capaz de dominar la selva y sus habitantes, pero rara vez mencionan el papel de las mujeres que también formaron parte de este proceso.

Un ejemplo notable es el testimonio de Luigi Balzan, un naturalista italiano que recorrió la región entre 1892 y 1894, y uno de los pocos que repasa en la presencia de mujeres en la Amazonía. Según él, las mujeres de Reyes se dedicaban principalmente al comercio de pequeños productos como azúcar y manteca, mientras que los hombres estaban más involucrados en la explotación directa de la goma. A pesar de su mención, las mujeres no tienen la misma visibilidad que los hombres, y Balzan incluso las considera de manera implícita, sin nombrarlas directamente y deduciéndolas de la cifra total de trabajadores.⁵ De esta manera, si bien la explotación de la goma transformó la selva en un escenario plétórico de oportunidades y de riquezas potenciales, provocando

4 Lorena Córdoba, *La reina del Orthon. Crónicas femeninas del auge gomero*, Diaspore 21, Venice University Press, Venecia, 2024; Lorena Córdoba, “Hiper-masculinización, extractivismo y mujeres invisibles en la industria gomera boliviana (1880-1920)”, en Isabelle Combès y Lorena Córdoba (eds.), *Mujeres del Oriente. Amazonía, Chiquitania, Chaco, siglos XVIII-XX*, Scripta Autochthona 30, Itinerarios, Cochabamba, 2024, pp. 153-192.

5 Luigi Balzan, *A carretón y canoa: la obra del naturalista Luigi Balzan en Bolivia y Paraguay (1885-1893)*, edición Clara López Beltrán, Instituto Francés de Estudios Andinos/Institut de la Recherche pour le Développement/Embajada de Italia en Bolivia/Plural editores, La Paz, [1885-1893] 2008, p. 219.

la transformación demográfica y la irrupción de nuevos actores sociales, a la vez también excluyó a otros como las mujeres del relato maestro del desarrollo económico y la colonización, minimizando su presencia e, incluso, sus contribuciones cotidianas a la propia dinámica extractiva.⁶ Este silencio sobre las mujeres, relegadas a la periferia de una historia cuyos contornos aparecen narrados siempre en modo masculino, nos invita por lo tanto a proponer una relectura crítica de las fuentes históricas a fin de reconstruir más completa e integralmente las luces y las sombras de la era de la goma elástica en Bolivia.

Un Estado sin más ley que ‘el 44’

Además de la masculinización del imaginario gomero, más o menos naturalizada por casi todos los testigos de la época, otra de las constantes narrativas que atraviesa a las fuentes históricas es la violencia: una violencia endémica, crónica, omnipresente, que por lo general termina afectando a las propias mujeres. Como en muchas otras regiones de frontera, en la jungla amazónica prevalecía en efecto la llamada ‘Ley del 44’:

La siringa dominaba corazones y conciencias. Era la impunidad, el libertinaje y la audacia. Ante ella enmudecían los códigos y se doblaban las autoridades, como dominadas por un sortilegio. En ese *far west* de Bolivia –que era el imperio de la goma–, encerrado en el cuadrilátero de aquellas grandes arterias fluviales del Beni, el Madre de Dios, el Acre y el Madera, se ha dicho más de una vez que sólo regía el artículo 44, o sea el calibre de la carabina Winchester.⁷

La ley es nula en el Beni. El derecho es el del más fuerte, y cuando sucede alguna cosa por ocupación de un gomal u otro, no es raro que los litigantes quieran resolverlo a balas o sea a golpe de

6 Lorena Córdoba, “Hiper-masculinización, extractivismo y mujeres invisibles...”.

7 Juan B. Coímbra, *Siringa: memorias de un colonizador del Beni*, Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, La Paz, [1946] 2016, p. 45, resaltado por la autora.

Winchester que es el arma preferida en el río. Por suerte a menudo falta el licor y estas explosiones criminales se evaporan junto con los vapores alcohólicos que los han producido. No son raros los casos de mozos fugados y encontrados muertos en las orillas de los ríos o en los bosques; habían sido asesinados por orden de sus patronos.⁸

Decir que ese Estado hobbesiano era generalizado en el universo cauchero no es algo realmente nuevo.⁹ Lo que aquí nos interesa, sin embargo, es comenzar a vislumbrar cómo afectaba esa violencia a las mujeres en los diferentes contextos de su existencia. Podríamos comenzar con un caso menor, casi cotidiano, de la vida en las barracas:

Cierto día un indio, que acostumbraba a ser bastante bueno, rompió el brazo de su mujer estando borracho. Envié a la mujer al médico en Riberalta mientras que el bruto llevó 400 latigazos en su trasero. Más tarde ambos se volvieron buenos amigos míos y me hicieron padrino de bautismo de su primogénito.¹⁰

8 Luigi Balzan, *A carretón...*, p. 204.

9 Diversos autores se han ocupado de describir la violencia que se vivía en las zonas gomeras bolivianas a partir del análisis de episodios descriptos por los viajeros y exploradores de la época: por citar algunos ejemplos más recientes, véase Lorena Córdoba, *La reina del Orthon...*; Lorena Córdoba, “Hiper-masculinización...”; J. Valerie Fifer, *Bolivia*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1976; María del Pilar Gamarra Téllez, *Amazonía Norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940). Bases de un poder regional. La Casa Suárez*, Plural editores/Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, La Paz, [2007] 2018; Pilar García Jordán, “En el corazón de las tinieblas... del Putumayo, 1890-1932: Fronteras, caucho, mano de obra indígena, y misiones católicas en la nacionalización de la Amazonía”, *Revista de Indias*, 61 (2001), pp. 591-617; Anna Güteras Mombiola y Lorena Córdoba, “Sin indios...”; Pilar Mendieta Parada, “Violencia e impunidad en la frontera de la goma elástica 1880-1900”, *Estudios Bolivianos*, 24 (2016), pp. 41-63; José Luis Roca, *Economía y sociedad en el Oriente boliviano*, COTAS, Santa Cruz de la Sierra, 2001.

10 Josef Maria Feichtner, *Entre seringueiros e barões da borracha: recordações de dezoito anos no comércio do caucho na Amazônia (1897-1915)*, Instituto Martius-Staden, San Paulo, [1897-1915] 2013, p. 55.

La anécdota podría inducir a pensar que se trataba de una eventualidad excepcional, provocada fortuitamente por la borrachera. Pero, en realidad, múltiples matices de esa violencia configuraban la cotidianidad de las vidas de las indígenas raptadas para conformar la mano de obra de la industria, de las mujeres que trabajaban (voluntariamente o no) en las barracas o en las estradas gomeras junto a sus parejas, o incluso hasta aquellas otras que, por alguna u otra razón, las recorrían como testigos ocasionales, por no hablar de las que debían prostituirse para sobrevivir o hasta entregar sus hijos a un destino que desconocían pero que intuían, no obstante, que a largo plazo resultaría más beneficioso para ellos.¹¹ En casi todos los casos, estas mujeres componían el eslabón más débil de una cadena regional de agresiones de los más diversos tipos, y en la cual –como comprobaremos– nadie quedaba completamente a salvo más allá de su edad, estatus económico, clase social, nacionalidad o condición étnica. Comencemos repasando un caso comentado por el coronel Percy Fawcett:

En 1896, un importante funcionario del gobierno boliviano viajaba por el Beni en compañía de su esposa e hijastra, cuando fue atacado por los guarayos. Huyeron hacia la canoa y, en el pánico, olvidaron a la mujer en el campamento. [...] La dama quedó en poder de los salvajes durante años, hasta que fue encontrada accidentalmente por una expedición esclavista. El jefe de ésta la restituyó al marido, junto con cuatro niños semisalvajes, cobrándole 300 libras por el servicio. Mientras tanto, el marido se había casado con la hijastra, y la impresión de volver a ver a su mujer le causó la muerte.¹²

También eran frecuentes los crímenes pasionales, de los cuales podemos mencionar dos casos particulares. En el primer ejemplo, un trabajador siringuero asesina por celos a su mujer, mientras que en el otro es el marido francés quien mata a su esposa y a su patrón,

11 Lorena Córdoba, *Dos suizos en la selva: historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Solidar, Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas, Santa Cruz de la Sierra, 2015, pp. 31-37.

12 Percy Fawcett, *Exploración Fawcett*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1954, p. 85.

con quien la mujer lo engañaba. El primer caso es relatado por Ernst Leutenegger, gerente suizo de la firma de Nicolás Suárez que, en su carácter multifacético de patrón, juez, testigo y verdugo de la barraca Almendros, evoca el asesinato de la siranguera Juana a manos de su esposo Nicolás García, que en un ataque de celos le dispara a quemarropa acusándola de serle infiel.¹³ Se salva de milagro la hijita de diez meses que Juana tenía en sus brazos, que a la postre sería adoptada por el propio suizo, mientras que el asesino es apresado y esposado. Leutenegger reporta el suceso a la casa central de la firma, toma testimonios para que los testigos cuenten su versión de los hechos y espera que alguna autoridad llegue a la lejana barraca a impartir el veredicto. Al mismo tiempo, confiesa que le atrae la idea de ajusticiar personalmente al asesino para no ser percibido como ‘débil’ por sus trabajadores; pero, siendo extranjero, tampoco termina de decidir cuál sería el mejor camino para hacerlo. Sin embargo, anticipándose a la resolución del drama, el hermano de Juana finalmente deja cerca del asesino un fusil cargado para que éste se suicide, y así lo hace:

De mi informe cuidadosamente redactado, que mencionaba hasta el último de los detalles sobre el asesinato y el suicidio de Nicolás García, ni siquiera recibí un acuse de recibo por parte de las autoridades competentes en Riberalta. Probablemente pensaron que el asunto había tenido una solución oportuna cuando García se ejecutó a sí mismo. No se interrogó a los testigos, y todas las declaraciones escritas firmadas con tres pequeñas cruces sin duda aterrizaron en la papelera de algún juez mundano.¹⁴

El segundo caso fue bastante más célebre, e incluso motivó algunos artículos en la prensa nacional, un par de informes diplomáticos a nivel internacional y hasta una novela. Se trata del crimen

13 Ernst Leutenegger, “Gente en la selva”, en Lorena Córdoba (ed.), *Dos suizos en la selva: historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Solidar, Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas, Santa Cruz de la Sierra, [1940] 2015, pp. 347 y ss.

14 Ernst Leutenegger, “Gente en la selva...”, p. 355.

de la esposa de Federico de Menditte. El matrimonio francés había sido contratado para trabajar en una barraca del río Madidi a las órdenes de un compatriota, Albert Mouton, famoso por su disposición violenta. Mouton envía a un puesto lejano al marido y toma como amante a la joven. En enero de 1896, ya agotado de reclamar el dinero de su cuenta al patrón y viendo que no podía irse de la barraca, Menditte irrumpe en el comedor de la barraca, donde Mouton almuerza con la dama de la discordia, y lo mata a tiros. Y luego, cuando la joven francesa se abalanza sobre el amante caído, también la asesina.¹⁵ Esta vez no hace falta depender del relato de testigos, porque es el propio Menditte quien lo confiesa:

Viendo la imposibilidad de salir y estando seguro que si quedaba en la barraca sería víctima de Mouton y de mi señora, me dejé llevar por un acto de desesperación y, agarrando mi rifle, me fui recto al comedor, donde Mouton estaba comiendo con mi familia y sus tres empleados y lo baleé. Los tres empleados prudentes se retiraron de mi vista; sólo quedó mi señora que se botó sobre su amante compadeciéndolo y eso me exasperó tanto, que tuvo el mismo fin. Después he recogido mis cuatro hijos y me he entregado preso para ser juzgado.¹⁶

El caso alcanzó una notoriedad casi inmediata. Calificando irónicamente a Mouton como “pionero de la civilización”, Erland Nordenskiöld escribe: “Su vida fue una novela policíaca de asesinos y terminó cuando el marido de su amante le disparó y lo mató”.¹⁷ Como dato curioso, podemos agregar que algunas crónicas de la época reportan luego la presencia de Menditte en la cárcel de

15 Lorena Córdoba y Diego Villar, “El revés de la trama: los asesinatos cau-cheros”, en Lorena Córdoba, Federico Bossert y Nicolas Richard (eds.), *Capitalismo en las selvas: enclaves industriales en el Chaco y Amazonía indígenas (1850-1950)*, Ediciones del Desierto, San Pedro de Atacama, 2015, pp. 161-178.

16 Federico de Menditte, *Los misterios del Madidi*, Tipografía Haencke, Ribera, 1896, p. 37.

17 Erland Nordenskiöld, *Exploraciones y aventuras en Sudamérica*, APCOB, Plural editores, La Paz, [1924] 2001, p. 412.

Riberalta: “Los soldados del coronel tenían dos presos bajo su custodia: un francés que mató a un barraquero que le había violado su mujer, francesa también; y un mono encadenado en uno de los bancos del patio”.¹⁸ Ciro Bayo da la impresión de que no había demasiada voluntad en Riberalta por juzgarlo. Sugiere, incluso, que luego de un tiempo el francés pudo escapar de la cárcel y que nada más se supo de su vida.¹⁹

El propio Menditte escribe una novela en forma de descargo en la cual da a conocer públicamente los sufrimientos padecidos por él en manos de Mouton desde su contratación en 1890, y el texto no escatima en detalles sobre los días, las fechas, los diálogos referidos a la deuda que contrae, las ofensas o los castigos recibidos por él y otros empleados. Lo único que jamás consigna en su escrito es el nombre de su esposa.

Ante este tipo de sucesos, podríamos esgrimir la hipótesis de que la violencia que envuelve a las mujeres tal vez sea, precisamente, una de las causas por las cuales la historiografía silencia o invisibiliza la participación femenina en el proceso extractivo. Al finalizar su relato, de hecho, Menditte se preocupa por añadir un epílogo en el que detalla con nombre y apellido casi cuarenta casos de injurias, castigos y muertes protagonizados por Mouton durante los cinco años que estuvo bajo sus órdenes. Además de los usuales engaños en el enganche y de los métodos tortuosos destinados a incrementar la deuda de las víctimas, los relatos desbordan de casos de desertiones de los trabajadores y sobre todo de balazos,

18 Ciro Bayo, *Por la América desconocida*, Caro Raggio, Madrid, 1927, p. 273.

19 La información de los juzgados brasileños permite comprobar que, al menos en la frontera del país vecino, la situación no era distinta: “Muchas historias que comenzaron con intensa pasión terminaron en tragedia. Ocurrían frecuentemente crímenes pasionales en las plantaciones de caucho del Amazonas, y tal hipótesis se justifica por los numerosos casos encontrados en el almacén del Forum Enoque Reis en la ciudad de Manaus, que son documentos seguidos de solicitudes de hábeas corpus, hechas por los abogados de los acusados, en muchos de los cuales se trata de exonerar a los acusados, alegando legítima defensa del honor”. Mônica Maria Lopes Lage, *Mulher e seringa: um olhar sobre as mulheres nos seringais do Amazonas (1880-1920)*. Tesis de maestría, Universidade Federal do Amazonas, Manaus, 2010, p. 207.

latigazos y castigos corporales. Las víctimas provienen de La Paz, San Ignacio, Reyes, Tumupasa, Trinidad o Ixiamas, pero también, lo que es más llamativo, de España, Suiza, Francia, Italia, Perú, Bélgica, Chile y Estados Unidos. Pese al castellano torpe del autor, a la posibilidad de exageraciones y a que, en última instancia, resulta imposible deslindar con nitidez los hechos objetivos del testimonio de una parte involucrada en un proceso legal, el texto constituye una fuente significativa porque, más allá de la historia trágica de su autor, recoge otros casos de problemas con mujeres que dejan entrever tanto la forma particular de su inserción en la industria como las diversas formas de la violencia que teñía cotidianamente sus vidas:

Encarnación Hualale. India de San Ignacio, contratada por el señor Federico de Menditte para bajar al Madidi el 12 de diciembre de 1891, dejar gente de Mouton y regresar a Reyes. Llegó Mouton el 20 diciembre y atajó al señor Menditte, lo mismo que su criada Encarnación. Cuando ésta pidió su cuenta, queriendo retirarse de la casa, como no tenía contrato ni deuda, Mouton la cargó a su cuenta 80 bolivianos más o menos pagados a doña Manuelita. Esta señora no recibió nunca esta suma, porque Encarnación no le debía nada.

Manuela Samanai. India reyesana, sin contrato. Trataba con el empleado Eusebio Guibert y los pedidos hechos por Guibert de la tienda fueron cargados a la cuenta de la mujer. Además, como no debía nada, cargaron a su cuenta 80 pesos más o menos, como pagados a don Rodolfo Zeballos su patrón y le hicieron firmar un contrato, reconociendo esta deuda. La india no debiendo nada, don Rodolfo Zeballos no reclamó ninguna cuenta; de consiguiente la casa Mouton no pagó nada.

Ildefonsa Cayuva. India trinitaria. Fue encerrada en la cárcel del Madidi 40 noches porque temía Mouton que se huyera. Aburrida, se huyó el 2 de diciembre de su cárcel y fue alcanzada a un torno y medio de la barraca. A pesar que esta mujer estaba embarazada de seis meses, Mouton le hizo amarrar las manos y la castigó con 250 azotes, más la golpeó malamente a puñetes para hacerla declarar cosas que ignoraba y de miedo la india declaró todo lo que exigió Mouton. En un año, aparece en su cuenta 58 pesos de multa.

María Salinas. India reyesana. Bajó al Madidi con el finado Pio Espinosa, sin tener contrato con Mouton. Compró una máquina de coser con la mesa enteramente rota y remendada con alambre, y le cargaron en su cuenta 150 bolivianos, cuando en el Beni estas mismas máquinas se vendían nuevas a 150 pesos. Para pagar esta cantidad, María Salinas hace costuras por la casa y le pagan 60 centavos por la hechura de una camisa y 40 y 60 centavos por la hechura de un pantalón.²⁰

No era raro, tampoco, el abuso sexual. Así como Mouton se apropia de la esposa de Menditte, sabemos que muchos otros caucheros tomaban amantes entre las mujeres de sus subordinados. Leutenegger lo sugiere con cierta elegancia al referirse a don Frank, uno de los gerentes de Cachuela Esperanza: “De vez en cuando al marido de alguna indígena no le quedaba otra que cerrar ambos ojos, pero don Frank siempre apaciguaba los celos con palabras apacibles o mano generosa”.²¹ A menudo, incluso, ni siquiera la frontera del incesto constituía un límite para los ardores sexuales:

Don Nicanor Vaca vivía con su familia metido en el remoto extremo del Madre de Dios. Cada año, infaliblemente, la mujer le daba un hijo. Así nacieron Elías, Primitivo, Genoveva, Nicéforo, Tristán, Zósima y Estefa. Cada cuatro años iba al pueblo y bautizaba cuatro niños. Cuando vinieron los tres últimos –Rosendo, Dionisia y Anselmo–, ya Genoveva estaba moza, la madre murió de un nuevo parto –el undécimo– y Elías y Primitivo debieron ir a Villa Bella, dejando al viejo solo en el monte con los menores. Al cabo del siguiente año, don Nicanor tuvo otro hijo: la madre era Genoveva.²²

Josef Feichtner, en cambio, opta por explicar estos sucesos a partir de una óptica más desapasionada que entrecruza las variables étnicas y de clase: para él, en las barracas gomeras las mujeres eran una minoría y, por lo tanto, un recurso escaso. Es por eso que

20 Federico de Menditte, *Los misterios...*, pp. 45-46 y 48.

21 Ernst Leutenegger, “Gente en la selva...”, p. 278.

22 Juan B. Coímbra, *Siringa...*, p. 47.

cuando el precio de la goma aumenta se produce la migración masiva de mujeres de Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba y La Paz:

Quien quisiese quedarse con una joven o mujer de esas, pagaba su pasaje, sus gastos y era considerado casado de hecho por el tiempo de sus vidas en común. Ella era una esposa negra y podía participar de pequeños bailes. Pero el área de trabajo de la esposa negra era la cocina, el dormitorio y el cuarto de costura que se acostumbraba tener. En este último ella recibía las visitas de las amigas. Pero nunca comía sus alimentos con su marido en la mesa, ni siquiera si de esa vida en común hubieran nacidos hijos. Se trataba de una ley no escrita pero casi nunca quebrada. Si el hombre perdiese el empleo era su obligación indemnizar a la esposa negra con un valor adecuado y que le permitiese abrir un pequeño negocio, una pulpería. En la mayoría de las veces ella cambiaba de manos y ninguno encontraba nada ofensivo en eso. Al final no estábamos en una posición de estar tan orgullosos –y después de dos o tres combates de fiebre o una disentería de varios años de duración– las personas se relajaban y se volvían completamente dóciles.²³

Desde esta perspectiva, el maltrato, el abuso o hasta la objetivación de las mujeres parecen modulaciones de una misma violencia que regía la cotidianidad cauchera. Como en otros fenómenos documentados en zonas donde la ausencia del Estado era la norma más que la excepción, la violencia se vivía como moneda corriente. La ‘cultura del terror’ que describe el trabajo clásico de Michael Taussig sobre el Putumayo, por tanto, podría rastrearse en mayor o menor medida a lo largo de casi toda la Amazonía gomera.²⁴ Y,

23 Josef María Feichtner, *Entre seringueiros...*, p. 56.

24 Michael Taussig, “Culture of Terror-Space of Death. Roger Casement’s Putumayo Report and the Explanation of Torture”, *Comparative Studies in Society and History*, 26/3 (1984), pp. 467-497. Para un punto de vista comparado, véase por ejemplo Pilar García Jordán, “En el corazón...”, 2001, o bien los análisis de Robert Wasserstrom, “Surviving in the Rubber Boom: Cofán and Siona Society in the Colombia-Ecuador Borderlands (1875-1955)”, *Ethnohistory*, 61, 3 (2014), pp. 525-548; Robert Wasserstrom, “‘Yo fui vendida’: Reconsidering Peonage and Genocide in Western Amazonia”, *Advances in Anthropology*, 7 (2017), pp. 35-54, para el caso de las sociedades indígenas cofán y siona en la frontera de Colombia y Ecuador.

de hecho, un relato como el de Menditte justamente nos muestra que esa violencia era generalizada más allá de la condición étnica, de nacionalidad o de género de las víctimas. Transcribimos algunos casos a modo de ejemplo:

Santiago Avelardo. Sujeto austríaco, recibió 500 azotes por haberse huido.

José Kolgruberg. Sujeto alemán. Tres veces intentó huirse, y cada vez recibió 200 azotes. Murió de debilidad el 12 de julio de 1893 y le cargaron a su cuenta 250 bolivianos por gastos de viaje, por cumplir su contrato.

Carlos Nelson. Sujeto norteamericano. Se huyó y fue alcanzado por Mouton y Cibot que le dispararon varios tiros sin haber podido lograrlo y tuvo la suerte de escapar de sus manos.

Dolores Chimai de Navi. India isiaméña. Por motivo que su marido se huyó, Mouton la encerró en la cárcel del Madidi, con sus hijos durante tres meses y medio, con centinela armada de día y de noche. Los dejaba salir sin ser escoltados 10 minutos en la mañana y 10 minutos en la tarde, hasta que el intendente del Beni tuvo conocimiento de este abuso y ordenó que pongan en libertad a la india.²⁵

La violencia en la mirada femenina

El manuscrito de Menditte es uno de los pocos registros de la época que brinda una cierta cantidad de detalles personales de las víctimas de los atropellos caucheros: nombre, apellido, nacionalidad, proveniencia étnica, etc. Esta falta generalizada de información, de hecho, constituye una de las mayores dificultades a la hora de reconstruir la participación de las mujeres en la aventura gomera.²⁶ Esta situación se agrava aún más a la hora de buscar testimonios femeninos sobre la violencia cotidiana. En efecto, son realmente pocos los textos producidos por autoras femeninas, europeas o

25 Federico de Menditte, *Los misterios...*, pp. 52-53.

26 Lorena Córdoba, *La reina...*; Lorena Córdoba, “Hiper-masculinización...”.

criollas que hayan participado en algún modo u otro de la industria y que, además, hayan dejado algún tipo de registro escrito sobre su experiencia.²⁷

Sin embargo, es posible salvar esta laguna documental si tenemos en cuenta dos fuentes escritas de primera mano por mujeres –llamativamente jóvenes en ambos casos– que ofrecen una cantidad de información apreciable sobre las ambigüedades del apogeo gomero. El primer caso es el de Rosa Oporto, una joven pacaña que emprende un viaje de casi dos años desde La Paz al Beni con apenas 14 años, y al hacerlo escribe una pequeña relación que sería publicada al año de terminar su itinerario en 1894. El segundo es Elizabeth Hessel, una joven británica de 27 años que llega junto con su marido desde Europa para trabajar a las órdenes de Vaca Diez en una barraca del río Orthon, y escribe una serie de cartas a su familia que recién en la década de 1980 se publicarían en inglés bajo la forma de libro. Los textos de Rosa Oporto y Elizabeth Hessel describen la industria gomera desde un

27 Resulta difícil encontrar siquiera informes femeninos sobre la época gomera. Una excepción, por ejemplo, podría ser el diario de Amelia Toledo Suárez de Roca, redactado durante su viaje de 1894 desde Santa Cruz de la Sierra hasta París junto a su marido Crisanto Roca Toledo (Amelia Toledo Suárez, *De Santa Cruz a París en 1894*. Grupo La Hoguera, Santa Cruz de la Sierra, [1894] 2014). Crisanto era dueño con su familia de la sociedad Roca Hermanos, dedicada a la explotación de la goma en los ríos Beni y Madre de Dios. Pero más allá de relatar los pormenores de viaje, las ciudades que visita o las cosas que llaman su atención, Amelia no es una observadora detallada del mundo gomero. Otro ejemplo podría ser Jessie Sisson, cuyo diario fue publicado por su sobrino, el conocido artista británico Cecil Beaton (Cecil Beaton, *My Bolivian Aunt: A memoir*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1971). El marido de Jessie, Pedro Suárez Saravia, era a su vez sobrino del magnate cauchero Nicolás Suárez, cónsul de Bolivia en Londres y Madrid. El matrimonio viaja a Bolivia en 1890 y Beaton reconstruye hábilmente el teatro social de la riqueza gomera. Pero, a pesar de que el principal interés del texto es que recobra unas observaciones de la propia Jessie tituladas “Un viaje a Sudamérica”, tal como en el caso de Amelia Toledo, la conexión con la industria gomera resulta más bien tangencial, filtrada por la afinidad matrimonial, y en todo caso presenta poco interés para el conocimiento de la sociología de la era gomera (Lorena Córdoba, *La reina...*, pp. 1-70).

interior mucho más íntimo, y revelan cómo es viajar en batelones y barcos de vapor, atravesar las peligrosas cachuelas, vivir en una barraca gomera en plena selva, y sobrevivir para contarlo.

Primer caso: Rosa Oporto

Hasta hace pocos meses, cuando se republicó el diario de viaje de Rosa Oporto, podía decirse que se trataba de una fuente casi inédita ya que sólo había sido publicada por el periódico paceño *El Siglo Industrial* en cuatro entregas: 20 de mayo, 26 de mayo, 3 de junio y 10 de junio de 1894.²⁸

Titulado “De La Paz a Villa Bella y de Villa Bella a La Paz. Relación de Viaje por la Señorita Rosa Oporto”, el texto narra el viaje de ida y vuelta entre ambas ciudades entre 1891 a 1893. El hermano mayor de Rosa, Alejandro Oporto, había trabajado durante siete años en la industria cauchera en la región del Madre de Dios y, al regresar a La Paz, convence a sus padres para que los hermanos menores –Leónidas, Daniel y Rosa– lo acompañen de regreso al Beni. Una vez conseguido el permiso, los hermanos Oporto salen de La Paz el 21 de octubre de 1891 con una comitiva de cerca de 30 personas. La bitácora de la joven paceña comienza con un detalle de los altos en las distintas barracas para reabastecer las embarcaciones de vapor y los agasajos respectivos que reciben de sus propietarios hasta que llegan a Riberalta y luego a Villa Bella.²⁹ En su informe, nombra a tres mujeres con las cuales viaja: su cuñada Mercedes (mujer de Leónidas Oporto), la señora Benigna M. de Viderique y la criada Isabel, haciendo un poco más visible la presencia de mujeres en este tipo de incursiones a la región gomera.

28 José Eduardo Pradel Barrientos, “Diario de viaje de Rosa Oporto a las zonas gomeras de Bolivia (1891-1893)”, *Revista de Historia de América*, 168 (2024), pp. 233-252.

29 Para una mirada etnohistórica y antropológica del juego de conexiones entre la tecnología de la navegación de vapor, la geografía regional y la industria gomera, véase Diego Villar, *Bolivia a vapor. Antropología histórica del barco cauchero*, Colección Ciencias Sociales e Historia 47, El País, Santa Cruz de la Sierra, 2020.

Al comenzar el viaje, Rosa padece uno de los sucesos más comunes en la época gomera: su balsa naufraga mientras intenta cruzar la cachuela Retama; pierde entonces un baúl con ropa y dinero, barriles de vino, el servicio de mesa y la tienda de campaña, entre otros enseres.³⁰ Al llegar a Rurrenabaque, deben esperar casi 30 días hasta que se construyan los batelones. Mientras tanto, Leónidas Oporto se dirige a Trinidad para llegar a la aduana de Villa Bella, donde trabaja como empleado gubernamental. El viaje continúa con un detalle del itinerario y la identificación de los dueños de cada barraca donde atracan las embarcaciones: Irupana de Nicanor Alcázar, Guanay de Miguel Apuri, Todos Santos de Santos Fariña, San Antonio de Antonio Roca, Fortaleza de Belisario Medina. Y, página tras página, se suceden los nombres de las barracas: Ayacucho, Santa Domingo, Carnavales, California, Etea, San Lorenzo, Esperanza, Blanca Flor, Copacabana, Concepción, Exaltación, Bella Briza, San Nicolás, Ybon, etc.

Al llegar a la barraca San Pablo, propiedad de Nicanor Salvatierra, Rosa encuentra a Felima, la hija del patrón y la primera amiga que hace en el viaje. Se quedan allí cincuenta y cinco días. Luego, Alejandro Oporto parte hacia el puerto de San Antonio para recibir y despachar mercadería a Europa. Sin embargo, sucede otra tragedia: el 26 de mayo, a siete meses de la partida desde La Paz: llega la noticia de la muerte de Alejandro en la cachuela Riveron. Golpeada por la fatalidad, Rosa se queda en la barraca

30 Para la década de 1910, por ejemplo, un viajero como Henry Pearson calculaba que entre el 10 y el 15% del total de la carga transportada a través de las cachuelas del Madeira se perdía en los naufragios. Henry Pearson, *The Rubber Country of the Amazon: a detailed description of the great rubber industry of the Amazon valley, which comprises the brazilian states of Para, Amazonas and Matto Grosso, the territory of the Acre, the Montana of Peru and Bolivia, and the southern portions of Colombia and Venezuela*, The India Rubber World, Nueva York, 1911, p. 119. En el mismo escrito, de hecho, Rosa reporta el naufragio fatal de dos batelones: uno logra sortear el peligro de la cachuela mientras que el segundo no tuvo suerte y perecieron “Víctor Ballivián, B. Pérez, tres extranjeros y nueve individuos entre hombres y mujeres. Los únicos que se pudieron salvar, fueron el teniente Marcó, tres de los tripulantes y una mujer”. José Pradel Barrientos, “Diario ...”, p. 244.

hasta septiembre, cuando se embarca junto a su hermano Daniel y a su criada Isabel para finalmente llegar a la aduana de Villa Bella, adonde se quedarán hasta abril de 1893.

Más allá de las enfermedades, de los naufragios y de los avistamientos de animales que habitan la selva, una preocupación central del relato son los indígenas ‘salvajes’ o ‘barbaros’ que pueden atacar en cualquier momento. En la ribera del río Iténez, escribe:

[...] veíamos al frente el funesto sitio donde victimaron los salvajes a la señora Rosaura de Lenz y dos de sus serviciales que fueron atacados por los bárbaros el 20 de enero de 1892 por la noche, donde fueron heridos la señorita Amalia Pedril, hija de doña Rosaura de Lenz y dos mozos y también el señor Lenz que recibió 8 flechazos, quien después de descargar 300 tiros de rifle de Winchester, impidió que se apoderaran del batelón y de los cordeles que aseguraban le pudo salvar su familia el contenido de su embarcación y valor muy digno de recordación.³¹

La relación de Rosa no escatima los nombres de las mujeres ni los hechos que protagonizaron. No se trata de personajes anónimos, secundarios o simplemente dejados de lado. Aparecen, así, poco a poco, las mujeres en las barracas, las acompañantes en las embarcaciones, y también las víctimas de la violencia:

En este mismo lugar encontramos con gran sorpresa mía, la osamenta de un cadáver que había sido desterrado. A pocos pasos distinguimos las tablas de un ataúd destrozado con la siguiente inscripción: ‘estos restos son de la señora N. N. muerta ahora cuatro meses en este mismo sitio con tisis pulmonar y después, desenterrada por los bárbaros, quienes se habían comido una parte del cuerpo después encontramos rastros de caimán que había arrastrado lo demás hacia el río’. Esto era lo que decía la inscripción.³²

En el imaginario de la época no son raras las miradas sesgadas sobre las poblaciones indígenas, con su presunto protagonismo

31 José Pradel Barrientos, “Diario ...”, p. 245.

32 *Ibíd.*, p. 246.

en robos, engaños, asesinatos, masacres o hasta escenas de canibalismo. Es evidente que las mismas se resisten a encuadrarse fácilmente en el proyecto de desarrollo de la sociedad nacional y su comportamiento oscila alternativamente entre la estrategia pragmática, el comercio, la amistad, el compadrazgo, la diplomacia recelosa y hasta el enfrentamiento directo con el frente gomero.³³

A fines del mes de abril, la tribu salvaje de los pacaguaras asaltó la barraca de los señores Suárez y Durán, entre el Río Negro y el Abuná, matando al capataz Benjamín Pérez y a la sirvienta Petrona Paniagua. El primero fue descuartizado, llevándose los salvajes, tal vez como *bocato di cardinali*, ambos brazos. A la segunda intentaron llevársela consigo; pero los gritos de socorro a sus compañeros, próximos a la barraca, obligaron a los salvajes a ultimarla a hachazos, con la misma herramienta que acababan de robarse en el saqueo de la casa. Esta tribu feroz y probablemente antropófaga es la misma que, hace años, asaltó también la barraca del señor Santos Mercado, sobre el río Beni, y la que años más tarde le dio muerte en su establecimiento industrial del Abuná.³⁴

Más allá de las descripciones de las rutinas amazónicas y las pintorescas noticias sobre los asaltos de los ‘bárbaros’, es notable la cantidad de información concreta que Rosa Oporto suministra en sus observaciones sobre esas otras mujeres que la acogen en las barracas durante su retorno a La Paz. Al llegar a Santa Ana, por ejemplo, es recibida por Pedro Suárez quien la lleva a la casa de Cornelia Saravia e hijas, donde se queda más de dos semanas hasta que las lluvias le permiten continuar camino hacia Reyes. O se encuentra más adelante con Josefina C. v. de Roca, y en Reyes se aloja en la casa de la señora Manuela v. de Boguer, hasta que finalmente logra regresar a su hogar en julio de 1893.

33 Lorena Córdoba, “Barbarie en plural: percepciones del indígena en el auge cauchero boliviano”, *Journal de la Société des Américanistes*, 101, 1-2 (2015), pp. 173-202.

34 *La Gaceta del Norte*, Riberalta, 15 de junio de 1906.

Segundo caso: Elizabeth Hessel

La otra excepción significativa a la hiper-masculinización de la narrativa gomera es, sin duda, la correspondencia epistolar de Elizabeth “Lizzie” Hessel. Junto a su esposo Fred, la joven británica parte hacia Bolivia para administrar una barraca de Antonio Vaca Diez en el río Orthon. De 1896 a 1899, cuando muere de malaria con apenas 30 años, Lizzie escribe regularmente cartas a su familia en Londres que luego serían editadas por un pariente, publicadas como libro en 1985, e incluso darían origen a un film de la BBC que fue publicitado como “La primera mujer europea en remontar el Amazonas”.³⁵ Durante tres largos años, la autodenominada “Reina del Orthon” describe en sus cartas la jornada laboral del caucho, las epidemias de fiebre o la necesidad de mantener una rutina social con bailes, música y champagne francés en medio de la selva. Pero, al mismo tiempo, reporta los castigos corporales a los trabajadores, o la forma exacta en que se compran y venden cotidianamente los sirvientes.

De los escritos de Lizzie nos interesa destacar algunos puntos en común con los textos de Rosa Oporto. En primer lugar, la descripción –a veces descarnada– de la maquinaria gomera. Comentando su estancia en Mishagua, la sede de Carlos Fermín Fitzcarrald –célebre socio peruano de Vaca Diez–, observa por ejemplo la forma despótica en que él y su esposa gobiernan la barraca y sus inmediateces. En un episodio particularmente notable, unos nativos que trabajan picando goma son atacados por otros ‘indígenas salvajes’. Los trabajadores caucheros atrapan a dos de los atacantes –una mujer con una herida de flecha en el pecho y un hombre con un disparo en la pierna–, los llevan a la barraca y los asesinan. O bien, en otra ocasión, Lizzie

35 Tony Morrison, Ann Brown y Anne Rose (eds.), *Lizzie, a Victorian Lady's Amazon adventure*, British Broadcasting Corporation, Londres, 1985. Anne Brown es la sobrina nieta de la protagonista y la compiladora de las cartas. La película de la BBC (*Lizzie: An Amazon Adventure*) también fue dirigida por Tony Morrison y se proyectó en 1986. Para una traducción al castellano con información adicional sobre Hessel y una contextualización actualizada de su obra en la era gomera, véase Lorena Córdoba, *La reina del Orthon...*

observa cinco canoas que abastecen a la barraca y remontan los ríos cercanos hasta las tribus más pequeñas, en las cuales capturan niños que luego son vendidos como esclavos:

Cinco canoas llegaron la semana pasada para buscar provisiones. Iban a subir por uno de los ríos para atacar a algunas tribus menores, capturar a todos los niños y venderlos como esclavos. Tres de los esclavos de esta casa, dos niñas y un niño, se escaparon hace unas semanas, pero los atraparon y los trajeron de vuelta. Fueron encadenados esa noche y al día siguiente fueron golpeados tanto que quedaron exhaustos y ya no lloraban; y observando todo el tiempo estaba la señora Fitzcarrald.

Ella es una bruta; me sentí tan mal que tuve que alejarme de la casa. Ahora ella los encadena a su cama todas las noches.

Ella misma golpea a todos sus sirvientes una vez por semana.³⁶

Se trata de una de las contadas ocasiones en las que Lizzie expresa por escrito su malestar por el maltrato a los indígenas. De hecho, cuando llega a la barraca y tiene ya a 'sus' propios sirvientes nativos, es notorio que el tono cambia sensiblemente:

Tomo mis comidas en la otra casa y doy largos paseos en la selva con la señora Arnold, siempre con dos indígenas llevando algo para beber, y yo tengo a dos muchachas indígenas que duermen en mi cuarto. Fred quiere comprarme una pequeña muchacha salvaje: son sirvientas espléndidas y aquí es la costumbre llevar una siempre contigo, aun si vas a caminar hasta la casa vecina. Al principio son muy problemáticas, pero como regla general aprenden rápido y son muy leales. Para una muchacha de diez o doce años tendrá que pagar unas 10 libras, y los muchachos cuestan más.³⁷

En diversos extractos de sus cartas, la mirada de Lizzie se vuelve entonces mucho más paternalista y, coincidentemente con muchos otros escritos de la época, comienza a describir a los

36 Lorena Córdoba, *La reina del Orthon...*, p. 131.

37 *Ibíd.*, p. 165.

indígenas en la misma sintonía: “Son como niños y tengo que escuchar sus pequeños problemas”. Y, cuando habla de los indígenas que se fugan, confiesa que los caucheros les dan cien latigazos porque es el único castigo que temen: “Si eres amable con ellos, toman ventaja y te roban cualquier cosa”.³⁸

Al mismo tiempo, sus observaciones también nos permiten entrever la singular situación que por entonces se vivía en el Beni y, en particular, la violencia que se ejercía sobre las poblaciones indígenas:

Un considerable comercio de esclavos se lleva a cabo en estas partes, y una muchacha fuerte y sana cuesta 50 libras. Uno debe comprar todos sus sirvientes; son niños secuestrados, la gente los cría y cuando llegan a los catorce años los venden por precios exorbitantes. Cuando los compras, ya son de tu propiedad y tienen que trabajar tan duro como uno quiere, y si no trabajan bien se les golpea terriblemente. Aun los hombres a veces reciben cincuenta o cien golpes, con un palo que corta como un cuchillo, y muy a menudo quedan medio muertos después. Si intentan escaparse se les castiga mucho más que por cualquier otra cuestión.³⁹

La cotidianidad que describe Lizzie también nos permite apreciar la rutina de las mujeres que viven en la barraca del río Orthon. Las jornadas barraqueras transcurren por lo general con la esposa del gerente, el señor Arnold, con quien pasea, conversa y hasta trata de aprender el castellano. Es la única a la que considera casi como una igual: primero porque está casada legalmente y luego, por más que sea boliviana, vivió un tiempo con su marido en Alemania y por tanto Lizzie aprecia su educación y su conducta. En algún momento, Lizzie comenta asimismo que hay algunas otras mujeres con las que socializa: la esposa del cocinero francés (suponemos aquella con la que viajó desde Europa) o bien la esposa de un capitán. Pero las demás mujeres son trabajadoras y no están casadas ‘legalmente’, así que no ve con buenos ojos confraternizar con ellas:

38 *Ibíd.*, p. 230.

39 *Ibíd.*, p. 139.

Dos señoras más han llegado aquí últimamente, pero, como es muy común en estas partes, no están casadas, sus supuestos maridos son empleados de la casa. Una de ellas es pasable, pero no puedo entablar amistad: si no, la gente hablaría. En estas pequeñas aldeas muy pocas personas están realmente casadas, un cura pasa tal vez una vez por año y tiene mucho que hacer, con bautismos, bodas y festines todo el tiempo.⁴⁰

Más allá de la rutina doméstica y los prejuicios de status, Lizzie no deja de observar la peculiar forma de hacer negocios en una región en la cual no existe más ley que la palabra del empresario o la citada 'ley del 44'. De esta forma, narra la forma dudosa en que el mismo Vaca Diez consigue hacerse de una gran plantación de goma: el dueño había llegado al Orthon para hacer negocios, es emborrachado por el cauchero y luego encarcelado durante dos semanas hasta que accede a firmar los papeles de venta de su propiedad. Por su parte, la empresa competidora, que quería esas mismas tierras, envió una partida a la zona para tomarlas por la fuerza, lo cual termina provocando un enfrentamiento armado entre ambas firmas.

A modo de conclusión: identidad, objetivación y violencia

La revisión de los documentos del auge gomero sugiere una primera constatación: no hay un solo tipo de 'mujer cauchera' ni una mirada unívoca sobre la misma, sino que la colonización extractiva moviliza más bien una serie de prácticas, imaginarios y estereotipos sobre las mujeres que muchas veces resultan opacos, difusos, contradictorios y, en todo caso, resultan siempre fragmentarios y de difícil acceso. Más que hablar de 'la mujer' de la era gomera, entonces, tal vez debamos referirnos a mujeres particulares o, a lo sumo, a un abanico de historias y experiencias femeninas de la era del caucho, en las cuales lo social, lo étnico, lo económico, lo

40 Ibídem, p. 173.

moral, lo trágico y hasta lo sexual a veces se entrecruzan y otras veces se presentan en clara tensión: en efecto, no es lo mismo una joven mujer europea que llega al Amazonas como cónyuge de un administrativo británico que una joven criolla que asciende socialmente al casarse con un administrador local, o una joven comerciante, lavandera o cocinera en concubinato con un trabajador mestizo que una prostituta, o que una picadora indígena que trabaja cotidianamente en lo profundo de la selva.⁴¹

Si el imaginario canónico de la feminidad gomera suele trazar una relación más o menos convencional con predisposiciones como la amabilidad, la generosidad, el sentimiento maternal o doméstico, ese sesgo tiñe a la vez la experiencia de las mujeres con un cierto matiz pasivo que suele diluir casi por completo su agencia histórica –y por qué no también su responsabilidad– en la realidad propia del universo extractivo. Porque, de hecho, lo cierto es que muchas veces ellas se benefician tanto como los hombres del vértigo económico: en algunos casos apenas subsisten o sobreviven, pero también hemos visto en otros que ganan posición económica, estatus social, fama, o hasta dan sentido a sus vidas.⁴²

Más allá de las paradojas y los claroscuros que delinear la posición femenina en el escenario extractivo, las fuentes nos permiten realizar una segunda constatación: la mujer cauchera suele presentarse como un actor social inmerso en un continuo de relaciones que la objetivan. En el circuito eterno del crédito que rige la lógica extractiva, la picadora extrae la goma para descontar la deuda de su cónyuge a pesar de recibir menos remuneración que un hombre; e incluso, si queda viuda, debe asumir como propia la deuda del esposo.⁴³ Tratada como objeto, como propiedad y hasta como mercancía, tomada como ‘moneda de cambio’ o hasta como ‘producto escaso’, no es raro tampoco que la mujer sea enganchada

41 Ibídem, pp. 9-78.

42 Ibídem, pp. 57-79.

43 Véase, por ejemplo, Franz Ritz, “Cazadores de caucho en la selva” en Lorena Córdoba (ed.), *Dos suizos en la selva: historias del auge cauchero en el Oriente boliviano*, Solidar, Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas, Santa Cruz de la Sierra, [1934] 2015, p. 58.

involuntariamente, aprisionada, azotada, abusada, comprada, vendida, jugada a las cartas y hasta asesinada, al punto de que, en cierta forma, podría decirse incluso que parece como un producto más de la lógica extractiva.⁴⁴ El corolario es una violencia estructural que se manifiesta a través de una gama de relaciones que van desde la palabra y lo simbólico a los hechos y, en todo caso, hay algunas mujeres que –por fortuna, matrimonio, relaciones familiares o coyunturales– logran asegurarse una cierta autonomía, con lo cual la jerarquía, el abuso y el maltrato no desaparecen sino que más bien se proyectan o desplazan hacia el resto de las trabajadoras.

En efecto, por más que se trate de picadoras, sirvientas, concubinas o esposas, se percibe siempre el denominador común de su posición subordinada con respecto al hombre. La violencia que supone esta valencia diferencial de los sexos, como diría Françoise Héritier, se revela particularmente en la habitual falta de identificación de las víctimas de los sucesos violentos.⁴⁵ Al fin y al cabo, en el paisaje cauchero se trata de figuras que sólo parecen ‘existir’ en su relación genitiva con respecto al varón: ‘la esposa de X’, ‘la amante de Y’, ‘la compañera de Z’.⁴⁶ Más allá de las estrategias, de las agencias, del eventual margen de maniobra de las mujeres gomeras, las fuentes nos las muestran objetivadas en un sentido adicional, y la pluma de viajeros afamados como Fawcett o Pando evocan los abusos cometidos sobre numerosas mujeres genéricas o anónimas. Salvo algún caso excepcional como el de Elizabeth Hessel o Rosa Oporto, que logran plasmar para la posteridad su voz y su propia versión de los hechos, la mujer cauchera suele aparecer al fondo del paisaje amazónico como un personaje anónimo, marginal, casi invisible, filtrada en su representación por la mediación masculina. Es precisamente en este sentido que llama tanto la atención un testimonio como el de Frederic de Menditte, que consigna puntillosamente los nombres, las edades y hasta las

44 Lorena Córdoba y Diego Villar, “El revés...”.

45 Françoise Héritier, *Masculino/Femenino. El pensamiento de la diferencia*, Ariel, Barcelona, 1996.

46 Lorena Córdoba, *La reina del Orthon...*; Lorena Córdoba, “Hiper-masculinización...”.

proveniencias étnicas de las víctimas femeninas pero que, al relatar su papel en la muerte de su propia esposa, opta por retratarla como una víctima en el más cabal de los sentidos: una figura secundaria, trágica, silenciosa, tan silenciosa que ni su esposo, asesino y cronista llega siquiera a registrar su nombre.

Figura 1
Mujeres y niños indígenas, Misión Cavinás, río Beni, 1913-1914



Fuente: Foto tomada por Erland Nordenskiöld
©Världskulturmuseet: Museo de la Cultura del Mundo, Gotemburgo.

Figura 2
Mujer indígena, Misión Cavinás, río Beni, 1913-1914



Fuente: Foto tomada por Erland Nordenskiöld
©Världskulturmuseet: Museo de la Cultura del Mundo, Gotemburgo.

Figura 3
Puerto en Carmen, indígenas baures en el río Blanco,
afluente del río Guaporé, 1909



Fuente: Foto tomada por Erland Nordenskiöld
©Världskulturmuseet: Museo de la Cultura del Mundo, Gotemburgo.

Figura 4
Mujer baure en el río Blanco, afluente del río Guaporé, 1909



Fuente: Foto tomada por Erland Nordenskiöld
©Världskulturmuseet: Museo de la Cultura del Mundo, Gotemburgo.